

MAR DE FONDO

El proyecto *Mar de Fondo* integra la obra de cinco artistas cuyos lenguajes visuales, materiales utilizados y estéticas son diversos. Juan Canavesi y Violeta Lemme, invitados por la galería, apadrinan a Cristina Figueroa, Cristian Tula y Alejandro Niz.

El conocimiento mitológico y mágico asigna al mar un significado dual y contradictorio: es el océano primordial fuente de la vida y la representación del caos; desorden y amenaza, cuyo poder desafía el de los seres humanos y el de los dioses por ellos creados. Idea de lo ilimitado, indefinido e indeterminado. Su abismo representa los secretos, los instintos reprimidos, lo desconocido.

Mar de Fondo es un estado particular del mar, que surge de fuertes vientos en lugares remotos del océano. Llegan en oleajes regulares de crestas suaves, que en la costa se transforman en potentes olas. Marejadas inusuales, ajenas a las condiciones ambientales del mar costero, en cuyas playas arroja los restos que desprende del fondo oceánico.

Sirve, asimismo, como metáfora de misterios que se ocultan detrás de lo aparente. Perturbaciones del pensamiento y las emociones humanas cuyos significados escapan a la comprensión racional inmediata. Estas alteraciones surgidas de las profundidades del inconsciente, llegan en oleadas y se manifiestan en malestar, confusión y desasosiego. Se presentan cifradas en símbolos e imágenes que enmascaran los residuos y depósitos que yacen en el fondo de nosotros mismos. Estos restos no siempre identificables y a veces intuitivos, de origen enigmático, sirven de indicios, cuyo reconocimiento permite la revelación de otros mundos posibles, de otras formas de ser, e iniciar mutaciones y nuevos ciclos.

Mar de fondo, mar de interrogantes. ¿Cómo hacerle frente mientras se navega y nos sorprende?, ¿qué nos deja y nos revela cuando se retira?, ¿cuáles son sus consecuencias? Estados del mar, estados de la mente y de las emociones. Similares incógnitas, similares perplejidades. Reiteraciones del mar y de la vida.



La Última Ola de **Juan Canavesi** es una obra de sitio específico que culmina y abre procesos. Por un lado, cierra (aunque no interrumpe) el devenir itinerante de *Pleamar*, instalación concebida en 2005 y expuesta, sucesivamente, en diversos museos del país. De ella toma los materiales y significados (papeles azules y vinilos con impresiones serigráficas, el mar, corazones que llegan a la playa desde algún lugar remoto, desde las profundidades y se deshace en espuma). En *Pleamar* los oleajes eran ondas que se desplazaban a ras de piso, marejadas serenas que podemos imaginar nacidas en otros mares, de vientos tormentosos y distantes. Sin saberlo, presagiaban esta última ola que se eleva amenazante en el prisma de cristal de Nodo 940, la costa donde se proyecta y sobre la que arroja lo que yace en el fondo del mar y de nosotros mismos, materializada en la obra de Cristian Tula.

Por otro lado, *La Última Ola* opera también como una suerte de transición que se abre al futuro. El mar se fragmenta en ocho trozos, que en una acción performática serán entregados a siete Custodios cuyos nombres hoy desconocemos. A través de ellos, *La Última Ola* se dividirá y multiplicará y probablemente iniciará nuevas trayectorias azarosas, esta vez ajenas a la voluntad y el deseo del propio autor. Liberada, *La Última Ola* fluye con la perseverancia dinámica que tiene el mar, esa metáfora de nacimiento, transformación y renacimiento.

La obra de **Cristian Tula**, en estrecho diálogo con la de Juan Canavesi, exhibe la resaca que el mar de fondo trae a la luz, desde lo profundo y oscuro y la deja expuesta ante nosotros.

Utilizando recursos que le ofrece la cerámica, el artista modela una miríada de pequeños seres con apariencia de muñecos de escayola. Intrínsecamente ambiguos y duales, combinan (eficientemente) rasgos humanos inocentes y atributos animales, realidad y fantasía, candor y aberración, proximidad y alejamiento. Son cuerpos infantiles mutantes y mutados, ambivalentes, en los que la humanidad y la animalidad se fusionan para dar lugar a lo monstruoso, fantástico y terrorífico.

En estas obras, lo animal no suprime la naturaleza humana, sino que expresa sus secretos más hondos, lo ominoso, que, según Sigmund Freud, aterriza, pero que nos resulta extrañamente familiar y que por ello está destinado a permanecer oculto. Imágenes reconocibles en las que no queremos reconocernos, invitan a la aproximación, pero generan rechazo. Figuras que emergen del inconsciente, surgidas del caos de un más allá próximo que nos pertenece, porque en parte somos eso.



Seres múltiples y pequeños; su repetición fortalece el sentimiento ominoso y su tamaño resulta engañoso. Pueden diseminarse y eludir el control, amenazan el orden y la certidumbre; intranquilizan e inquietan.

Sin evidenciar una intención de agresión manifiesta, al mostrar lo que no tiene que ser visto, el autor contradice el sentido de lo oculto y al hacerlo transgrede y confronta.

La última ola sorprende y se expande y al arrojar evidencias de lo indecible, nos inunda.

De barcas y barqueros

Mientras Canavesi y Tula trabajan con la fuerza de las olas del mar de fondo y las profundidades humanas, Lemme, Figueroa y Niz exploran los itinerarios y travesías de navegantes y barqueros, en todo caso, los desplazamientos sobre la superficie agitada de un mar de fondo.

Mares surcados por barcas, que las culturas más antiguas representan como profundidades que albergan misterios y peligros insondables. El mar, fuente de vida y de cataclismos. Desbordado por el diluvio del que hablan los mitos, el agua cubre el mundo, pero no lo destruye, lo altera para generar un nuevo ciclo y nuevas civilizaciones. Estas no surgen de la nada, sino del germen de tradiciones remotas, del conocimiento y la vida guardada y transportada por barcas, también mitológicas. De lo que ellas preservan y trasladan renace la vida en nuevas formas que conservan lo bueno que trasciende. La barca y el barquero que la guía son portadores de un mundo nuevo y mejor. De esperanza. Barcas y barqueros, preservación y búsqueda.

El arca, símbolo de la travesía por el mundo y hacia el más allá es principio de salvación, conservación y renacimiento de los seres. Mantiene siempre un carácter misterioso, el que encierran el conocimiento y la vida, cuyos arcanos no se muestran sino a los seres más elevados.



Violeta Lemme funde el metal para crear naves y barqueros leves. Sus barcas son soportes sencillos, aunque no menos seguros, impulsados por navegantes solitarios que las conducen. Serenos, pequeños y ligeros, reman erguidos en sus barcas frágiles siguiendo derroteros que quizás sólo ellos conocen, o que descubrirán en su devenir. Su determinación los agiganta y la ausencia en ellos de signos culturales y temporales los hace universales.

Representaciones de la desprotección y vulnerabilidad del ser humano común, más cercanos al Siddartha de Hesse, que busca el sentido de la vida, que al sabio barquero Vasudeva, quien ya lo conoce y que ayuda a su discípulo a comprender el lenguaje de la corriente que navegan juntos, la vida misma. Los navegantes de Violeta, poéticos en su forma y en sus gestos, siguen itinerarios que evocan los desplazamientos por el mundo y el tránsito personal por mares interiores, no exentos de vicisitudes y peligros.

En sus seres coronados con alas y en sus lágrimas, la artista transmuta la solidez del metal y de la piedra en formas y conceptos que aluden a lo etéreo, al movimiento, al ritmo. Remates de alas ¿golondrinas?, ¿gaviotas?, ¿mantarrayas?, ¿seres del aire y del agua prontos a surcar el espacio y borrar el límite entre ambos?

Lágrimas como gotas que encierran pequeños mares, surgidos de las profundidades del dolor o la alegría, recipientes de universos personales que desahogados descienden para evaporarse y reiniciar el ciclo permanente del agua y de la vida.

En las esculturas de **Cristina Figueroa** las naves se aproximan, en su significado, al arca, y los barqueros, a figuras que evocan, como aquellas, representaciones de antiguas mitologías. Portadores de saberes antiguos y de enigmas, los trasladan para preservarlos y entregarlos a nuevos destinatarios. Rotundos y sólidos, por el material y la forma que la artista utiliza y recrea, los barqueros se funden con las barcas, surgen como prolongaciones de ellas y se amalgaman



en una especie de unidad primigenia e inseparable. De apariencia totémica, marchan seguros, conocedores del rumbo y el destino de sus travesías.

Cierto arcaísmo formal y expresivo revela que el mundo de la artista, como lo expresa Rafael Squirru al referirse a sus obras, “nos habla de un subconsciente rico, de América y sus culturas ancestrales, así como de otras que brotan de su fértil imaginación.”

De algún modo, un sentido de sacralidad, autoridad y poder otorga al conjunto una cuota de misterio. ¿De dónde vienen?, ¿hacia dónde se dirigen?, ¿qué expresan sus rostros elevados al cielo?, ¿las grandes manos extendidas hacia adelante o arriba?, ¿suplican, agradecen, oran?, ¿qué designios orientan sus viajes?

Es en la evocación de lo arcaico y mitológico y la falta de precisión de identidades culturales donde reside la universalidad de las obras de Cristina Figueroa. Alusiones elusivas. Arcanos que serán descubiertos a quienes se atrevan a interpretarlos.



Alejandro Niz utiliza impresiones digitales y técnica mixta para adentrarse en un universo personal y subjetivo.

La silueta de un torso masculino se recorta claramente, contenida en una barca que la sostiene. La nave y el navegante aparecen suspendidos y estáticos sobre fondos que se asemejan a un mar de nubes o a contornos lunares, o que simplemente se esfuman o desaparecen y se tornan abstractos. Espacios ilusorios en los cuales la barca y el barquero vuelan.

El artista presenta una serie de estampas en las que la inmovilidad es protagonista. En el conjunto no hay referencias evidentes a acción alguna. Nada parece suceder en la escena reiterada. El gesto del brazo extendido y de la mano abierta está congelado. ¿Se despide?, ¿reclama?, ¿o invita al acercamiento? No se sabe si la barca se traslada o si se dirige hacia algún lugar.

En esta serie, la narración se apoya en las variaciones del entorno, en los cambios de colores y sus tonos y en el aumento o disminución de los detalles. Tales cambios sugieren desplazamientos a través de momentos del día o de las estaciones del año, lo cual sirve de metáfora sobre mutaciones emocionales y anímicas: el sol de la mañana resalta los colores, la luz indefinida del atardecer borra los contornos, la nocturnidad se manifiesta en grises y negros. Verano, otoño, invierno. Alegría, melancolía, tristeza.

Lo que acontece se revela en los matices de las formas y de la paleta que el artista utiliza. La intención de alejamiento de la realidad es manifiesta.

En otras obras, una mujer yace abandonada al descanso o la espera. La visión aérea nos permite observarla. Nuevamente predomina la quietud, el no acontecimiento.

Sin estridencias ni exageraciones, Niz invita al espectador a acercarse a ese mundo y descubrirlo. O a reconocerse en él.

Carlos Lista
Febrero de 2017